



Capítulo 231 - INTERPOL...

[Lyon, Francia]

El ambiente era tenso. El frío resplandor de los monitores se reflejaba en los rostros tensos de los agentes mientras los datos fluían por las pantallas como un torrente incesante de información.

En el centro de la habitación, una mujer de cabello negro y ojos azules mantenía una postura rígida, observando otra figura sentada frente a ella.

"Directora Natasha...", comenzó la mujer con voz cautelosa. "A los dioses no les importa el mundo humano. No pierda el tiempo intentando entender por qué Sun Wukong asesinó al Papa".

La mujer pelirroja detrás del escritorio, que parecía tener unos treinta y cinco años, cerró una carpeta marcada con un gran sello rojo: INTERPOL - CONFIDENCIAL.

—No subestimes mi capacidad para comprender a los dioses, Sheron. —Sus ojos verdes brillaron con determinación.

Antes de que pudiera insistir más, Natasha se puso de pie de un salto y cruzó la habitación con pasos firmes, obligando a Sheron a apresurarse para seguirla.

Sheron suspiró. "Aquí vamos de nuevo".

—¡Director! ¡Espere! —gritó Sheron, agarrando una pila de carpetas que su jefe había dejado.





"¿Qué tenemos?" Natasha ignoró la protesta, con un tono cortante como una cuchilla. "La lista de los diez más buscados se actualiza cada diez minutos. Los humanos estamos siendo marginados cada vez más... No podemos permitirnos perder el poco terreno que nos queda."

Los amplios pasillos de la sede de la Interpol se sentían estrechos ante la urgencia de la directora. Varios agentes se hicieron a un lado mientras ella avanzaba con determinación.

Al llegar a una sala de conferencias, una enorme pantalla holográfica se activó automáticamente, mostrando una serie de expedientes y secuencias de vídeo en directo captadas por cámaras de seguridad y satélites.

Un hombre alto y de hombros anchos, vestido con un traje impecable, alzó la mirada hacia Natasha. Su piel oscura contrastaba con el brillo azul de los monitores. No pareció sorprendido por la repentina llegada del director.



—Buenos días, Directora —la saludó con calma, haciéndole un gesto para que tomara asiento.

—Robbis, directo al grano —exigió Natasha, cruzándose de brazos.

—Sí, señora. —Sonrió levemente, ya acostumbrado a su ritmo impaciente.

"Bueno... Hemos identificado de nuevo a dos pseudodioses operando en el mundo mortal." Con una orden, la pantalla se movió, ampliando una imagen captada por una cámara de seguridad.

"El primero es... un caso interesante." Señaló a la mujer en la pantalla, ampliando su rostro.



Una mujer alta, de cabello negro y una mirada divina. Sus ojos verdes miraban a la cámara con una sonrisa pícaro... justo antes de que una interferencia cortara la transmisión.

—La Diosa de la Caza, Artemisa —dijo Sheron frunciendo el ceño—. ¿Artemisa? ¿Qué hace en el mundo humano?

Robbis se encogió de hombros. «Para ser sinceros, ni siquiera estamos seguros de si deberíamos seguir llamándola así. Según nuestros informantes del inframundo, Artemisa... ya no es una diosa cualquiera».

"¿Qué quieres decir?" Natasha arqueó una ceja.

Parece que nuestra querida ahora reside en el Infierno y se llama Selene. —Amplió la imagen aún más, resaltando el brillo antinatural de sus ojos—. Artemisa ahora está clasificada como una Diosa Demonio.



—Bueno, eso es nuevo... —Sheron silbó levemente. Natasha, sin embargo, no parecía preocupada.

—Artemisa nunca ha sido un problema para nosotros. Déjala tranquila por ahora. Pasemos al verdadero elefante en la habitación —insistió Natasha, mirándolo expectante.

Robbis dudó un segundo antes de exhalar con cansancio. "Siempre quieres pasar directamente a lo peor..."

Volvió a tocar la pantalla holográfica y la imagen cambió a otra mujer.



Esta vez se trataba de imágenes de un club nocturno.

La figura central era deslumbrante pero peligrosa, sus ojos brillaban como estrellas corruptas.

"Arconte, Paimon." El nombre resonó por la sala como un trueno silencioso.

Natasha inclinó la cabeza y examinó el vídeo.

—Este sí que es un pez gordo... —Una sonrisa depredadora se dibujó en su rostro—. ¿Qué tenemos contra ella?

Robbis respiró profundamente antes de activar un mapa holográfico.

La pantalla se iluminó, revelando una vista inquietantemente detallada de Los Ángeles. El mapa estaba cubierto de puntos rojos que latían como un organismo vivo.



"¿Qué demonios es esto?" Natasha entrecerró los ojos.

Robbis señaló las zonas resaltadas. «Zonas de muerte. Todo esto ocurre en silencio, dentro de dimensiones de batalla dispersas por toda la ciudad».

Natasha parpadeó, absorbiendo la información.

"Espera... ¿Me estás diciendo que en Los Ángeles, en medio de la maldita California, tenemos un asedio que involucra..." Ni siquiera pudo encontrar las palabras adecuadas.



Robbis levantó un dedo, contando tranquilamente.

Demonios. Hombres lobo. Vampiros. Ángeles caídos. Y, por supuesto... una mansión llena de Reinas Demonio. —Señaló un marcador dorado—. Y el nuevo Rey Demonio... que fue visto por última vez con Paimon.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Natasha respiró hondo... y soltó una sola maldición, clara y directa.

"¡JODER!" Se frotó las sienes, intentando procesarlo todo.

¿Esta mierda se convirtió en una zona de guerra interdimensional y nadie se dio cuenta?! Exhaló bruscamente, su frustración era evidente.

—Bueno... nos dimos cuenta —dijo Robbis con una sonrisa burlona.

—¿Y te parece gracioso, cabrón?! ¡Mira este desastre! —Natasha giró sobre sus talones, señalando a Robbis con una mirada feroz.

Señaló furiosa el mapa holográfico, donde los puntos rojos seguían multiplicándose como un virus descontrolado. Con cada segundo que pasaba, la situación parecía empeorar.

Sheron dejó escapar un largo suspiro y se cruzó de brazos. "Bueno, al menos no será un día aburrido".

Natasha se masajeó las sienes, sintiendo ya un fuerte dolor de cabeza. "¿Sabes qué? Si esto sigue así, voy a necesitar un exorcismo porque mi hígado está a punto de salir de mi cuerpo".





Ella se levantó bruscamente, ajustándose la chaqueta mientras Robbis simplemente sonreía, claramente disfrutando del caos creciente.

—Entonces... ¿cuál es el plan, jefe? —preguntó, apoyándose tranquilamente en la mesa.

Natasha echó un último vistazo al mapa antes de soltar un profundo suspiro. «Quiero que los diez más buscados del mundo sobrenatural se añadan a nuestra lista de objetivos prioritarios. Pongan recompensas por cada uno de estos bastardos... y pongan a Paimon en la cima».

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y salió de la habitación con pasos firmes, dejando atrás un tenso silencio.

[Los Ángeles]

"iiiAJIM!!!"



La fuerza del estornudo de Paimon fue tan poderosa que hizo temblar las ventanas, dejando a Vergil, Sapphire, Stella y Raphaeline mirándola como si acabara de lanzar un hechizo prohibido.

Zafiro frunció el ceño y retrocedió un poco. "Maldita sea, ¿intentas exorcizar un demonio que llevas dentro o solo fue un estornudo?"

Raphaeline se cruzó de brazos e hizo una mueca. "¿En serio, Paimon? Ya hace tres años que no hay pandemia. Si traes otra, te juro que te arrojo al abismo".

Stella agarró una servilleta y se la tiró a Paimon en la cara. "¡Por lo menos, tápate la boca, criatura!"



Paimon sollozó, parpadeando con los ojos llenos de lágrimas. "Mierda... alguien debe estar hablando de mí".

Vergil resopló. "Definitivamente no es nada bueno."

Stella apoyó la barbilla en la mano, sumida en sus pensamientos. «O te están insultando... o están apostando a cuánto durarás antes de causar más caos».

Paimon dejó escapar un suspiro dramático y levantó los brazos. "¡Son todos tan insensibles! ¡Acabo de estornudar!"

Zafiro entrecerró los ojos. «Si un estornudo tuyo puede confundirse con un terremoto, prefiero que no estornudes».

—Vamos, dejémonos de tonterías. Hablemos del fragmento de Excalibur en ese extraño asedio. ¿Por qué nadie ha robado esa maldita cosa todavía? —preguntó Vergil, cruzándose de brazos.



Paimon agarró una tableta y deslizó la pantalla hacia un lado, mostrando una serie de datos.

Actualmente estamos identificando todo tipo de cosas sucediendo en ese lugar. Tráfico de drogas, armas dimensionales, rituales sospechosos, un montón de mierda sucediendo... ¿Pero el fragmento? Sabemos que está ahí, pero nadie puede precisar dónde está.

Le entregó la tableta a Vergil, quien comenzó a analizar la información.



"En serio, esto empieza a parecerse a una película de espías", bromeó, pasando el dedo por la pantalla.

Luego, una notificación roja comenzó a parpadear en la esquina de la pantalla.

"Oye, Paimon..." Vergil entrecerró los ojos ante el mensaje que apareció en la pantalla.

[ACTUALIZACIÓN DE ALERTA: PAIMON - TOP 1 - INTERPOL]

Un breve silencio flotaba en el aire.

"... ¡Espera! ¿¡QUÉ!?" Paimon parpadeó rápidamente, intentando leer sin pestañear... Le arrebató la tableta a Vergil y se quedó mirando la pantalla, boquiabierta, conmovida. "¿BROMAS?!"



Zafiro se inclinó para echar un vistazo a la pantalla y soltó una risa contenida. "Felicidades, has superado oficialmente a terroristas, asesinos en masa y cultistas demoníacos".

Stella silbó, impresionada. «Paimon, el criminal más buscado del mundo. Debo admitir que es bastante sexy».

Raphaeline suspiró. "¿En qué lío te has metido esta vez?"

"¡NO HE HECHO NADA! Bueno... nada reciente, al menos." Paimon empezó a deslizar rápidamente la pantalla, buscando más información.



—Genial. Ahora tenemos a la Interpol pisándonos los talones. Como si demonios, ángeles caídos y dioses que quieren nuestras cabezas no fueran suficientes. —Vergil se masajeó las sienes.

Katharina se rió y le dio a Paimon una palmadita en la espalda. "Tranquilo, criminal número uno. Al menos ahora tienes un título genial".

Paimon gruñó y echó la cabeza hacia atrás. "No sé si reírme o tirarme de un edificio".

—Bueno, no creo que la Interpol haga nada. Después de todo... somos demonios, ¿no? No es que puedan aparecer así como así y...

Antes de que Vergil pudiera terminar la frase, Viviane entró de repente en la habitación, sosteniendo una taza de té y con una expresión casual.

"Oye... hay gente del FBI en la puerta". Silencio.

Vergil parpadeó un par de veces. "Ah... ¿el FBI?"

Viviane tomó un sorbo de té y asintió.

—Sí. Un grupo de trajeados con cara de estar a punto de cagarse en los pantalones. Ah, y hay dos o tres exorcistas entre ellos. Bastante discretos... si ignoras los crucifijos y las bolsas llenas de mierda.

Paimon lanzó la tableta al aire y sostuvo su cabeza.

"¡Me acabo de despertar, maldita sea! ¿No puedes darme un segundo de paz?"

